# La ira y la montaña

Cuentan que había una vez un hombre que sufría con frecuencia ataques de ira y cólera, así que decidió un día abordar la situación. Para ello se fue a ver a un viejo sabio con fama de conocer la naturaleza humana; al llegar a su presencia le habló así:

-señor, quiero solicitar tu ayuda. Con frecuencia tengo arranques de ira y cólera que hacen que mi vida y la de mi familia sea muy desgraciada y ya he perdido a casi todos mis amigos. Ya sé que yo soy así, pero confío en poder cambiar si usted me aconseja.

-Lo que me cuentas es muy interesante -dijo el sabio-, pero para poder ayudarte eficazmente necesito que me muestres tu ira para saber de qué naturaleza es.

-Pero ahora no estoy enfadado – contestó el hombre.

-Bien, en ese casp – continuó el sabio- lo que tendrás que hacer la próxima vez que la ira te invada es venir rápidamente a visitarme a mi casa que está en lo alto de la montaña. Recuerda que has de venir lo más pronto que puedas.

El hombre se mostró de acuerdo y regresó a su casa, pero al día siguiente un pequeño incidente incendió su cólera y marchó velozmente a ver al anciano.

Sin embargo, la distancia era larga, la subida empinada y el calor sofocante, así que llegó a casa del anciano completamente agotado.

-Señor, aquí estoy como me dijiste.

-Estupendo, muéstrame tu ira.

Pero el hombre estaba tan agotado que no tenía ni rastro de ira.

-Eso es porque no has venido lo suficientemente rápido – dijo el anciano-, la próxima vez sube las cuestas más ligero y así llegarás aún con la ira.

A los pocos días el hombre le asaltó otro ataque de cólera y, recordando las recomendaciones del sabio, subió las cuestas a todo correr. Lógicamente, cuando llegó estaba completamente exhausto y el sabio lo reprendió severamente.

-Esto no puede seguir así. Creo que debes esforzarte más y subir las cuestas mucho más deprisa, porque si no lo haces así no podré conocer tu ira.

El hombre bajó entristecido, jurándose que la próxima ocasión correría con todas sus fuerzas para llegar a tiempo de mostrar su ira.

Pero no ocurrió así. Una y otra vez subía las cuestas hasta la casa del anciano, y una y otra vez llegaba tan cansado que casi no podía hablar.

Un día que llegó en tal condición que tuvieron que acostarlo el sabio le dijo:

-Creo que me has engañado. Si la ira formara parte de ti, podrías enseñármela estuvieras cansado o no. Has subido a mi casa más de viente veces y todas ellas has llegado sin asomo de ira.

La verdad es que esa ira no te pertenece, llega a ti motivada por cualquier cosa y tu, estúpidamente, la recoges en tu mente. Por tanto, tienes dos opciones: o no recogerla… o ponerte a subir cuestas a toda carrera como un loco.